

vieron sus disensiones entre sí en Samarra, con cuyo motivo el califa se vió muy expuesto, y abandonando su residencia, huyó acompañado de sus adictos Boga y Wasif á Bagdad, donde fué acogido perfectamente por el leal tahirita.

La mayoría de los turcos que quedaron en Samarra proclamó entonces, por su parte, califa á Mo'otás, lo que dió motivo, como era de esperar, para que los de Bagdad se pusieran desde luego á favor de Musta'in, y en nombre de éste riñó la «ciudad de la salvacion,» entonces «de la perdicion,» la batalla que marca el fin del arabismo como poder político independiente. Durante todo el año de 251 (865) resistieron con el furor de la desesperacion los habitantes de Bagdad, para quienes otra victoria de los turcos significaba los mas insoportables sufrimientos, tanto que cuando á fines del mismo año creyó necesario Mohammed Ibn Tahir entablar negociaciones con los sitiadores, poco faltó para que muriese á manos del pueblo. Pero no había medio de contener á Musta'in, el cual, asustado de su propia sombra, procuraba entenderse con los pretorianos á espaldas de Mohammed, viéndose obligado éste á prescindir de él si no quería ser víctima él mismo de la perfidia abasida. Capituló, pues, por sí y por la ciudad, obteniendo condiciones favorables, mediante el reconocimiento de Mo'otás como califa; Musta'in fué obligado á renunciar al trono (18 de Zul hiddscha de 251=10 de enero de 866), y pocos días despues recibia Mo'otás el homenaje de la capital, reducida ya á la impotencia (4 de Moharram de 252=25 de enero de 866). Fué Mo'otás un digno hijo de Mutawakkil y se esforzó tambien por seguir la política de su padre, por cierto con tan desgraciado éxito como éste. No hay duda que procedió acertadamente aprovechando las rivalidades, cada día mayores, entre turcos y bereberes para indisponer á sus jefes unos con otros; pero con esto nada se alcanzaba, mientras el califa no supiese imponerse en medio de la confusion general, y no era Mo'otás hombre para ello. Aunque rompió el pacto ajustado con Musta'in, hizo desaparecer á este infeliz (252=866) y mandó asesinar tambien á su propio hermano Mu'ayad, de quien recelaba (252=866); sus intrigas y deslealtades contra pretorianos y tahiritas no dieron mas resultado que desencadenar una guerra de todos contra todos, que amenazó acabar de una vez con el imperio. Los turcos pelearon primero con los bereberes y luego entre sí, pereciendo Wasif en una de estas luchas (253=867); poco tiempo despues, Boga el menor, que se habia mostrado demasiado arrogante con el califa, fué preso y muerto por orden de éste, orden que cumplió Baik-Beg (254=868). A la muerte de Mohammed Tahir (14 de Zul-ka'ada 253=13 de noviembre de 867), logró Mo'otás enemistar al hijo y al hermano del muerto, de modo que á la postre ambos se vieron obligados á abandonar á Bagdad, que fué de nuevo presa de la guerra civil. En todas partes la misma descomposicion de todos los elementos de estabilidad, y en ninguna se veía la accion decidida y personal del monarca, que seguia cautelosamente su trabajo de zapa. Ya en el año 254 (868) habia logrado que nadie hiciera caso de sus oficiales y altos empleados, excepto en lo que mas inmediata y directamente dependia de ellos; pero él era tambien el menos obedecido de todos. Habiendo paralizado él mismo la accion vigorosa de las tropas mercenarias, ya no se cuidaba ningun lugarteniente, desde el Egipto hasta la Persia, de enviar caudales á la corte, mientras los revoltosos, que se habian levantado en varios puntos, merodeaban hasta en las mismas puertas de Samarra. Así llegó el momento en que el califa ya no pudo pagar sus sueldos á las tropas asalariadas, que en este punto no admitian excusas. Concediéronle un plazo de pocos días, y como transcurrido éste le fuera tan imposi-

ble como antes satisfacerles la cantidad exigida, acordaron sencillamente darle muerte, y así lo hicieron en el mes de Redscheb de 255 (julio de 869).

Merced al esfuerzo de cuatro insignes monarcas volvió á levantarse el califato abasida, durante cuarenta años, de la abyecta prostracion en que se habia dejado hundir. Mohammed, hijo de Wathik, á quien los hijos de Wasif y Boga habian puesto por califa en sustitucion de Mo'otás, con el nombre de *El-Móhtadi*, era tenido por un hombre insignificante, apocado y beato, del cual se podia esperar que se mostraria mas dócil que su predecesor. Pero en esto se habian engañado los turcos. Poseía este príncipe una fuerza de carácter como no se habia conocido en ningun otro califa despues de Motasim. Para el hombre que, por primera vez desde tanto tiempo, volvía á dar ejemplo de sencillez y sobriedad en el modo de vida, sin menoscabo de la verdadera grandeza del nacido para mandar, no habia mas términos que doblar ó romper; y en verdad que habia llegado la hora, si critica, mas oportuna tambien, para la accion directa é independiente del califa. Las insolentes exacciones de los turcos habian colmado la medida. Duraba todavía la enemistad entre ellos y los bereberes, y por otra parte las mismas tropas empezaban á insubordinarse contra sus jefes. Solo atentos á satisfacer su propia codicia, no se habian cuidado debidamente de los contingentes que estaban en Bagdad y con los cuales, por lo mismo, no se contaba para los fines de las revoluciones palaciegas que en Samarra se desarrollaban en días y hasta en horas. Ahora bien, mientras *El-Móhtadi* por un lado tenia el talento de indisponer unos con otros á los jefes militares que le habian elevado al trono, poco satisfechos de su actitud enérgica, y de imponersele durante algun tiempo con su autoridad personal, por otro lado entablaba negociaciones con las tropas que estaban en Bagdad, indignadas por el abandono que de sus intereses hacian los oficiales superiores, negociaciones que por de pronto parecian deber asegurarle el apoyo de aquellas fuerzas. Así pudo arriesgar la empresa de deshacerse de los hijos de Wasif y de Boga; y en efecto, Salih Ibn Wasif y Mohammed Ibn Boga perdieron la vida en 256 (870); pero Baik-Beg, encargado de la ejecucion de estas medidas, denunció á Muza Ibn Boga las intenciones del califa, y ambos decidieron sublevarse. Móhtadi tuvo noticia de la traicion, y vió que habia llegado el momento de jugar el todo por el todo: mandó arrojar la cabeza de Baik-Beg, á quien se habia logrado prender, á los pies de las tropas de Muza, que avanzaban, haciendo frente él mismo con unos dos mil bereberes á fuerzas tan superiores. Pero los bereberes no pudieron resistir mucho tiempo; su fuga decidió la suerte de Móhtadi. Defendiéndose espada en mano é inútilmente repitiendo el grito de: «¡Muchachos, no abandoneis á vuestro califa!» se guareció en una casa, en la cual pronto le hicieron prisionero los turcos; y como se negara heroicamente hasta lo último á consentir en la abdicacion que se le exigía, le hicieron morir entre los mas atroces y refinados tormentos, logrando que en su cadáver no se advirtiese ninguna señal del fin violento que habia tenido (18 de Redscheb de 256=21 de junio de 870). No habia sido inútil la vida de Móhtadi. La continuacion de un régimen que no solo habia llevado el imperio al borde de la ruina sino que habia costado en un año la vida á tres de los jefes de los pretorianos, debió parecer cosa bastante grave hasta á los mismos turcos; la viril entereza del malogrado califa habia merecido general aplauso y respeto, mientras que los jefes militares no podian ya dudar del descontento de una gran parte de sus propias tropas. Así parece que el mismo Muza Ibn Boga se decidió á dar pruebas de moderacion durante algun tiempo, siendo una suerte para el Estado que

precisamente en aquel momento se encontraran los hombres aptos que habian de aprovechar tan favorable oportunidad para imponer de una vez la necesaria disciplina á las tropas extranjeras.

Muza habia devuelto la soberanía á la familia de Mutawakkil; el nuevo califa Ahmed, apellidado *El-Mótamid* (256-279=870-892) y hermano de Mo'otás, no valia mucho por sí solo; pero en su otro hermano Talja, al cual dió desde el principio gran participacion en el gobierno, prometiéndole en 261 (875) la sucesion para despues de su propio hijo Scha'afar, tuvo un representante de extraordinaria energía y provechosa actividad. Mótamid, con sumo acierto, procuró ante todo abandonar la malhadada Samarra, y tan pronto como le fué posible trasladó otra vez á Bagdad la residencia de la casa del califa, sin que los turcos se atreviesen á oponerse á ello. Verdad es que Talja los refrenaba con férrea mano, así como á los bereberes, y ni siquiera al mismo hijo de Boga se le ocurrió jamás atravesarse en el camino del temido *Muwaffak*, como se titulaba oficialmente. Tenia Muwaffak un hijo, Abu'l-Abbas Ahmed, de no menores dotes de gobernante que él, y que ya en los últimos años de su padre, molestado éste á menudo por sus padecimientos, le suplió muy eficazmente. Cuando murió Talja en 278 (891) fué reconocido Ahmed, sin oposicion alguna, con el nombre de *El-Mótamid*, como futuro sucesor del hijo de Mótamid. *El-Mótamid* no se conformó con aguardar esta sucesion, y teniendo de hecho el poder en sus manos, fué fácil obligar á Mótamid á que postergara al hijo, transmitiendo directamente al sobrino la sucesion al trono (principios de 279=892). Poco despues falleció el califa, segun se dice á consecuencia de su excesiva intemperancia, no siendo posible afirmar si en efecto Mótamid ayudó, como se ha sospechado, á la accion estomacal. Sea de esto lo que fuere, Mótamid inauguró su reinado (279-289=892-902) sin tropezar con obstáculo alguno, y supo justificar bajo todos conceptos la gran popularidad de que á pesar de su severidad gozaba, á causa de la economía y el talento con que manejó la administracion. Era un hombre ilustrado que no desdeñaba dedicar sus cortos ocios al estudio de poetas é historiadores, y tan excelente general como enérgico gobernante, habiendo logrado sostener por algun tiempo mas la ruina del califato. Tambien el sucesor que él mismo se dió en su hijo Ali, llamado *El-Múktafi* (289-295=902-908), se mostró á la altura de los difíciles problemas que la creciente depravacion de la época ofrecia á los gobernantes; mas su temprana muerte cierra la corta série de aquellos monarcas cumplidos é independientes y la decadencia sigue su ya no interrumpido curso.

Durante su postrera enfermedad no le fué posible á Múktafi disponer el reconocimiento y homenaje de su hermano Scha'afar, á quien deseaba tener por sucesor, y esto hizo que los principales funcionarios vacilasen acerca de la persona á quien debia corresponder la soberanía, tanto mas cuanto que Scha'afar solo tenia trece años de edad y no se podia esperar de él, por lo mismo, la vigorosa direccion que tan necesaria era al Estado. Con todo, triunfó por el pronto la última voluntad del por todos venerado Múktafi, y Scha'afar subió al trono con el dictado de *El-Móktadir* (295-320=908-932). Mas los contrarios no quisieron darse todavía por vencidos. Entre los miembros de la casa de Abbas en quienes todavía podia pensarse acaso para el califato, brillaba por su talento, y era el mas estimado por sus prendas de carácter, un hijo de Mo'otás, llamado Abdallah. Hombre de esmerada educacion y de sobresaliente mérito como poeta, habia gozado del favor de Móhtadi y llevado la agradable existencia de un escritor de noble alcurnia; sus amigos le habian propuesto desde luego como califa en lugar de

Móktadir, y cuando éste, con toda la carencia de propia voluntad de un impúber, hubo caído rápidamente bajo el dominio de su madre y de las mujeres y los eunuocos que la rodeaban, la indignacion general entre los oficiales y altos empleados sazónó una conjuracion que preparó su caída y el advenimiento al trono de Abdallah Ibn Mo'otás. Al principio el éxito parecia seguro: el recalcitrante visir Abbas Ibn El-Husein fué asesinado; las tropas de la capital, á las órdenes del caudillo árabe Husein Ibn Hamdan, se declararon en favor de Abdallah, y este príncipe fué proclamado califa con el nombre de *El-Múrtadi*. Pero los guardias del palacio de Móktadir rechazaron el primer ataque que se dió al edificio, y este fué motivo suficiente para que Husein, que en todo este asunto representó un papel muy ambiguo, evacuara la ciudad con el ejército, y así pudo el eunuco Munis, fiel servidor de la familia de Mótamid, salir inmediatamente al frente de los guardias, dispersar á los que rodeaban á Abdallah y por último hacer prisionero á éste. El desgraciado príncipe, cuyo puesto estaba mejor en la presidencia de una ilustrada asociacion de poetas que al frente de un gran imperio, tuvo que pagar con la vida su califato, que solo duró un día (20 de Rabí I de 296=17 de diciembre de 908); su muerte, sin embargo, marca tambien el fin del ejercicio independiente de la soberanía por parte del jefe supremo del Estado. El mísero Móktadir abandonó, casi sin limitacion alguna, el gobierno á su salvador Munis, confiriéndole el título de *Emir el-omarí*, «Emir de los emires,» ó sea el Emir superior, y exceptuando dos vanas tentativas para librarse de la tutela, no fué en toda su vida sino un títere en manos de aquel hombre, el primer *Emir al-omra*, como falseando un poco la pronunciacion se suele designar al mayordomo de los califas posteriores. Este era el resultado á que forzosamente debia conducir mas ó menos tarde el régimen pretoriano, y Móktadir se cuidó de que se lograra en la forma mas desdichada é ignominiosa que era posible.

El título de «Emir de los emires» no tiene mas significacion que la de general en jefe del ejército, el cual nada tiene que ver con la gobernacion civil; ésta sigue siendo dirigida por el visir, lo mismo que antes. Pero, naturalmente, bajo el reinado de monarcas débiles se corre de cerca el peligro de que el generalísimo, siempre que le parezca que se atenta contra los intereses del ejército, ó lo que es lo mismo, siempre que lo crea conveniente, invada la esfera de la administracion propiamente dicha, cuya influencia se va debilitando así poco á poco, hasta que á la postre desaparecen tambien los últimos restos del verdadero organismo político-civil. El reinado de Móktadir representa en lo principal la inevitable lucha entre ambos poderes, si bien con la extraordinaria inversion de papeles de que Munis, el cual era un hombre honrado y sensato para su época, procura hacer valer su influjo como generalísimo en favor de una administracion escrupulosa y económica de la Hacienda, mientras que el califa, en cuanto su poquedad personal se lo permite, se esfuerza por resistirle. Naturalmente, tan pronto como Munis insistia con entereza, lograba que prevaleciese su voluntad; pero un estado de cosas tan anómalo no podia menos de producir á la larga la completa desorganizacion del modo de ser del Estado. Dos personajes turnaron casi regularmente en tiempo de Móktadir en el cargo de visir; ambos tenian por nombre Ali, siendo esta la única semejanza que habia entre ellos. El uno, hijo de El-Furat, tomó parte importante en la proclamacion de Móktadir, y este ya era un mérito que le recomendaba especialmente; era en lo moral representacion típica de aquella época de decadencia: aparentando franqueza y afable cortesía, dadivoso con las gentes que le

eran útiles, como por ejemplo los poetas dispuestos a cantar sus alabanzas, era el mas cínico intrigante, que creía no tener otra mision en este mundo sino abusar de su elevado cargo para explotar sistemáticamente al pueblo y valerse de todos los medios para mantenerse en el poder. El otro, Ali Ibn Isa, era un hombre probo, empleado capaz y humano, que se esforzaba por economizar las fuerzas tributarias de los súbditos y mitigar sus padecimientos; no poseía un valor precisamente heróico, y así cuando comenzaban las tormentas procuraba esquivarse por poco que le fuera posible, pero siempre estuvo dispuesto a consagrar su actividad al servicio del Estado cuando creía que podía hacerlo sin peligro. Ya se supone cuál de estos dos hombres tendria las simpatías del califa. Si sorprende que Mutawakkil pudiera engendrar hijos como Muwaffak y Mótadid, no maravilla menos que el último fuera padre de un Móktadir (1). No se encuentra en éste huella alguna de la extraordinaria criminalidad de tantos abasidas, pero tampoco se advierte el mas leve indicio de una noble aspiracion, ni siquiera un presentimiento de los deberes del monarca. Con una mediana inteligencia, y en lugar de corazon una sensualidad bastante vulgar, fluctuaba de continuo el débil y menguado príncipe entre el miedo que le inspiraba el temible generalísimo de sus ejércitos y el deseo de satisfacer sus livianos apetitos y su prodigalidad. Como chiquillo de escuela sorprendido en medio de sus travesuras, se agachaba cobardemente cuando la miseria del esquilmo pueblo se desahogaba en un motin de hambrientos ó le suscitaba las censuras de su indignado mayordomo; pero apenas pasado el peligro, empezaba otra vez la misma vida de desórden y locura. Teniendo Munis que salir á menudo á campaña, ora contra los bizantinos ora para reprimir rebeliones, no le faltaba espacio al ejemplar monarca para dar rienda suelta á sus caprichos, mezcla de muchachadas y truhanerías.

Dos veces (301 = 913 y 314 = 927) le obligó el generalísimo y otra (306 = 918) la indignacion popular á conferir el cargo de visir á Ali Ibn Isa ó á alguno de sus correligionarios; pero tan pronto como se le ofrecia oportunidad para ello, despedia al económico administrador que no encontraba dinero para el harem y las diversiones del califa, y volvía á llamar á su favorito Ibn El-Furat, del cual fué presa por tres veces (295-299 = 908-911; 304-306 = 917-918; 311-312 = 923-924) el desdichado imperio. Sin embargo, no titubeó en sacrificarle cuando á la tercera vez ejerció tan descaradamente su vergonzoso tráfico de arrancar sumas de dinero á personajes de consideracion por medio de todo género de coacciones y del tormento, y creció de tal modo el número de sus enemigos que el califa llegó á temer por su propia seguridad. No nos detengamos sin necesidad ante espectáculo tan lastimoso; baste decir que todos los desafueros que ya se nos han presentado como séquito funesto del régimen pretoriano se fueron acumulando de dia en dia en este reinado. Abu Ali Mohammed Ibn Mokla, gran erudito y hombre de Estado, célebre como uno de los fundadores de la caligrafía arábica, y uno de los mas honrados y capaces empleados superiores, aunque no libre de egoismo y propension á la intriga, acababa de suceder como visir á Ali Ibn Isa, cambio sugerido por este mismo en uno de sus momentos de recelo (316 = 928), y se esforzaba, muy meritoriamente,

(1) Los historiadores árabes de la época mas antigua no son aficionados á introducir consideraciones propias en sus crónicas, y es por lo mismo significativo que uno de ellos haga esta seca observacion: «Si comparo la situacion del califato en su época (la de Móktadir) con la de los reinados de su hermano Múktafi y de su padre Mótadid, hallo notable diferencia entre una y otra.»

te, en llevar la administracion por el mismo rumbo que su predecesor, cuando se suscitaron cuestiones entre Nasuk, prefecto de policia de Bagdad, y algunos de los favoritos del califa, contienda en la que, valiéndose de todo género de enredos, fué envuelto tambien Munis. Acudió éste á la capital, y supieron impresionarle de tal modo con el relato que le hicieron del desbarajuste que promovía el califa, que consintió en la destitucion del miserable príncipe, y en el mes de Moharram de 317 (febrero de 929) se vió obligado Móktadir á abdicar, siendo proclamado califa su hermano Mohammed, con el nombre de *El-Káhir*. Pero fué tal el desórden que con este motivo promovieron en la capital el populacho y la soldadesca, y tan sospechosa la actitud que iba tomando Nasuk, que Munis, volviendo á mejor acuerdo, resolvió probar otra vez fortuna con Móktadir. Por tanto Káhir tuvo que abandonar á los pocos dias, para volverlo á ocupar Móktadir, aquel trono tantas veces deshonrado. Mas no debía ser ya por mucho tiempo. Los esfuerzos que hizo Ibn Mokla, confirmado por Munis en su visirato, para restablecer en la capital el órden administrativo, completamente desquiciado por el movimiento revolucionario, solo lograron del califa la destitucion del ministro que le habia sido impuesto: la incapacidad de sus sucesores llevó la confusion á su colmo; las peleas así entre los militares como entre el populacho de Bagdad eran reflejo de las intrigas de empleados y oficiales, y Móktadir, instigado por los que le rodeaban, cometió por último la torpeza de romper abiertamente con el generalísimo, destituyendo de su mando al teniente de éste, Buleik (principios de 320 = 932). Munis, á quien este acto cogió desprevenido, no tuvo mas remedio que abandonar por el pronto la capital. Mas no tardó mucho en tener reunidas nuevas tropas, procedentes de las provincias, y entre ellas y las que sostenian á Móktadir se trabó á las puertas de Bagdad, en 27 de Schawwal de 320 (31 de octubre de 932), un combate al cual se vió obligado á asistir el poco arrojado califa. Los teólogos armados de Coranes que se llevó á guisa de escolta, infundieron muy poco respeto á los soldados del Emir, y contra la voluntad de éste, que era personalmente adicto á la familia de Mótadid y solo queria reprimir la rebelion, mataron al califa durante la lucha. Lo hecho no tenia ya remedio; pero Káhir (320-322 = 932-934), á quien se acudió de nuevo para que sustituyera por segunda vez á su hermano, debía vengar con creces la muerte de éste en los causantes de ella. Los procedimientos de este califa se asemejan en gran manera á los de su antecesor Mo'otás. Con suma astucia y perfidia supo deshacerse muy pronto de los que le habian colocado en el trono, y que por cierto ya se habian arrepentido de la eleccion de hombre tan temible. Por medio de promesas y todo género de manejos logró atraer á su favor parte tan considerable de las tropas de Munis, que pudo atreverse á nombrar otro Emir el-omarí en la persona de Tarif, subalterno desleal del que hasta allí habia sido generalísimo.

Poco despues eran prisioneros suyos Munis y los principales partidarios de éste, y en el mes de Scha'aban de 321 (agosto de 933) perdieron la vida á manos del verdugo los que apenas un año antes eran árbitros de la situacion. Pero Káhir, que bajo la máscara de la religiosidad era tan cruel tirano como hombre vicioso, — solía embriagarse todos los dias, — fué muy pronto objeto de la indignacion general; Ibn Mokla, que habia huido cuando la catástrofe de su protector Munis, puso en juego todos sus medios é influencias para soliviantar contra el califa á las tropas, cuyas exigencias respecto del sueldo no eran siempre atendidas, y en una noche del mes de Schumada I de 322 (abril de 934) fué sorprendido Káhir en su palacio por los turcos, que le saca-

ron los ojos (1), y arrastró hasta 339 (950) la miserable vida que le dejaron, como lastimosa imagen de caída grandeza. Ahmed, hijo de Móktadir, proclamado sucesor de Káhir con el nombre de Er-Radi (322-329 = 934-940), parece que era un príncipe piadoso y de buenas intenciones, mas no llegó á ejercer por sí é independientemente la soberanía. Los comienzos de su aparente reinado se señalaron por las revueltas de los ortodoxos en Bagdad, ecos del prolongado desórden en las esferas gubernativas. Los lugartenientes, aun los de las provincias limítrofes de la capital, cesaron de enviar á ésta los productos de las rentas del Estado, de suerte que Ibn Mokla, que se habia encargado otra vez del visirato, se halló imposibilitado de satisfacer debidamente la paga á la guarnicion, y ésta se desahogó vejando, como era su costumbre, á los habitantes. No lograron tampoco encontrar dinero los tres visires que sucedieron á Mokla, y no le quedó mas recurso á Radi que arrojarse en brazos de Mohammed Ibn Raik, lugarteniente de Wasit (Zul-hiddscha de 324 = noviembre de 935), el cual ya hacia tiempo que le habia enviado un mensaje confidencial, ofreciéndose á intervenir para restablecer el órden si se le concedia la dignidad de Emir el-omarí. Nombrado, pues, generalísimo, lo primero que hizo Ibn Raik al llegar á Bagdad fué mandar cerrar las oficinas del visir, encargándose él mismo de toda la administracion. Confió los asuntos civiles, y en particular la Hacienda, á su propio secretario; ni el califa ni su camarilla podian ya intervenir en estas materias, y el «caudillo de los creyentes» tenia que contentarse para atender á sus necesidades y á los gastos de su corte con lo que creía conveniente poner á su disposicion el generalísimo. Así acabó ignominiosamente el poder político del califato, tres siglos despues de fundado por Abu Bekr y Omar.

Así como el último encubramiento de la dinastía desde el reinado de Mótadid hasta el de Múktafi es contenido y mengua tan pronto como sube al trono un príncipe débil, del mismo modo corresponden con sobrada conformidad al curso de los sucesos desarrollados en la residencia de los califas, los resultados obtenidos por los pretorianos en la lucha contra los enemigos del imperio, en el exterior y en las provincias. Mientras que durante el reinado de Motasim se consiguen los mas brillantes éxitos en todas partes, disminuyen luego rápidamente las aptitudes militares, hasta el punto de que en tiempo de Mo'otás ya no hay una sola provincia que crea necesario obedecer al gobierno. Muwaffak y Mótadid restablecen el honor militar de los abasidas y logran retardar el movimiento de descomposicion del imperio, pero no impedirlo por completo, y sigue éste su curso, sin traba alguna desde la muerte de Múktafi, hasta quedar despojado el califa de todo poder temporal, y limitado, como hemos visto, á la parte espiritual del «vicariato del Profeta.» Vamos ahora á resumir estos hechos militares en una breve exposicion de las guerras en el extranjero y de las complicaciones interiores.

Desde que el califato habia abandonado á España y Africa á los omniadas, edrisitas y aglabitas, y la Persia á los tahiritas, solo lindaba en un punto con una potencia no islamita: en el Noroeste con los bizantinos. Dejamos á los dos enemigos jurados en el momento en que la latente insubordinacion del ejército árabe obligó á Motasim á renunciar á las últimas ventajas obtenidas por El-Ma'amun. Hacia unos dos años que ni por una ni por otra parte se habia intenta-

(1) Como los reyes de Esparta, no podian tampoco los califas, representantes del Profeta, tener ningun defecto físico; la pérdida de la vista, pues, inutilizaba á Káhir para una restauracion posterior, como la efectuada en el caso de Móktadir.

do romper las hostilidades cuando en el año 222 (837) el emperador Teófilo, probablemente de acuerdo con Babek, dió un furioso ataque á las «defensas.» Fueron tomadas Samosata, á orillas del Eufrates, y su vecina Sabatra (2), causando además grandes devastaciones en la Siria septentrional y en la Mesopotamia. Segun confesion propia de los musulimes, llegaron los bizantinos en sus merodeos hasta las mismas puertas de la capital. Mas si el objeto de esta campaña habia sido librar de dificultades á Babek, fuertemente estrechado entonces por las tropas del califa, no fué logrado: Motasim habria sido muy torpe si hubiese cejado en los esfuerzos inauditos que hacia para acabar de una vez con este sectario, que durante mas de veinte años dominaba y asolaba todas las provincias del Noroeste. No se cuidó, pues, de Teófilo á la sazón; pero cuando á principios de 223 (838) el victorioso general turco Afschin hizo su entrada triunfal en Samarra llevando á Babek prisionero, quedó decidido que se haria una inmediata campaña vengadora en el Asia Menor. En el mismo año púsose el califa en persona al frente de un gran ejército y marchó contra los bizantinos, penetrando, juntamente con los árabes á las órdenes de Odscheif y las huestes turcas que acababan de portarse tan bien, mandadas por sus caudillos Itah y Aschnás, en la Capadocia por el lado de Tarso, mientras que Afschin emprendia con otro ejército turco el camino de la Mesopotamia por el territorio de Malatia (3). Antes que pudieran juntarse las dos divisiones, se encontró Afschin con el emperador Teófilo y le derrotó tan completamente (25 Scha'aban de 223 = 21 de julio de 838) que le obligó á retroceder hasta la Frigia y no volvió ya á pasar mas allá de Dorylaeum, ni siquiera cuando el califa hubo adelantado el ejército principal hasta Amorium y puesto sitio á esta fuerte plaza (6 de Ramadan = 1.º de agosto). Defendióse valientemente la fortaleza, y tal vez hubiera logrado resistirse, por mas que Teófilo no hizo por ella mas que entablar negociaciones con el califa; pero un enemigo personal del comandante la entregó por traicion á los sarracenos (4). Terrible fué la venganza que tomó Motasim de las crueldades cometidas por los griegos el año anterior: la ciudad fué reducida á cenizas y degollados casi todos los hombres aptos para las armas (asegurase que pasaban de 30,000); los demás, las mujeres y los niños llevados cautivos, y el comandante de la guarnicion, el estratego Aecio, crucificado despues en Samarra. Naturalmente, las nuevas conquistas hechas entonces por los musulimes eran de tan difícil conservacion para éstos como las logradas en otros tiempos, ma-

(2) Así llaman los árabes á una fortaleza en la línea de las «defensas» que los bizantinos por su parte designan con el nombre de Sozopetra y á veces, por analogía al árabe, Zapetron. Debí de estar situada entre Samosata y Malatia, y no poseemos detalles mas precisos sobre el particular.

(3) No estando bien determinada la situacion de Daziman ó Daziminos, donde se dió la batalla decisiva, debemos renunciar á detallar los movimientos de cada una de estas divisiones.

(4) Es dudosa la fecha de la toma de Amorium. Segun las versiones árabes, Motasim dió órden para empezar la marcha de regreso 55 dias despues de comenzado el sitio, ó sea el 25 de Schawwal = 19 de setiembre, y la toma debió de efectuarse naturalmente varios dias y hasta acaso varias semanas antes. Pero no merecen mucha confianza los datos de los árabes, siendo particularmente muy corto el intervalo de once dias entre la batalla y la llegada de Motasim ante los muros de Amorium, si, como se nos dice, la incorporacion de Afschim con el ejército principal se hizo en Ankyra y la marcha á Amorium, que distaba siete jornadas, solo se emprendió tras una parada de algunos dias. Réstame advertir que el dato de Ibn Wadih (ed. Houtsma, II, pág. 581) de que la ciudad se entregó en 17 de Ramadan (12 de agosto), concuerda perfectamente con la version bizantina (Lebeau-St. Martin, XIII, página 143) de que el sitio solo duró trece dias; no sabriamos decir de dónde procede la fecha fin de Schawwal de 223 = 23 de setiembre de 838 que consignan Weil (*Historia de los califas*, II, pág. 315) y Hertzberg.